

## CRONICA DE LA XXII REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

La Residencia San Vicente Ferrer, de los RR. PP. Dominicos, de El Vedat de Torrente, fue este año el escenario de la XXII Reunión de los amigos de la Ciudad Católica. Durante los días 29, 30 y 31 de octubre, los allí reunidos tuvimos ocasión de asistir a los diversos foros y conferencias que conformaron el tema de la reunión de este año: *Crisis y revolución en la cultura*.

En el ánimo de todo estuvieron siempre presentes don Eugenio Vegas Latapie, don José Antonio G. de Cortázar y Sagarmíngana, don Germán Álvarez de Sotomayor y don Juan Vallet de Goytisolo. En los cuatro casos fueron motivos de salud los que nos impidieron contar con su asistencia. Dado que la reunión se celebraba en Valencia, se echó muy especialmente de menos la presencia de nuestro querido y recordado matrimonio Cerdá. Su hija Maite ha sabido recoger y asumir el celo y el empuje al que tan acostumbrados nos tenían sus padres.

Como en años anteriores, los jóvenes estuvieron presentes en gran número, siendo algunos de ellos los responsables de la exposición de varios de los foros.

*Sábado, 29 de octubre.*

En las palabras de apertura —palabras que fueron leídas por Estanislaó Cantero—, Germán A. de Sotomayor saludó «a los de siempre y a los que vienen por primera vez» con la esperanza de que conocieran la verdad y los principios por los que luchamos, asegurando que su presencia era «testimonio de una inquietud y un ideal».

Dedicó un cariñoso recuerdo a Jerónimo Cerdá y esposa, quienes murieron en «acto de servicio», señalando que cualquier sacrificio para sustituirlos resultaría insignificante. Es necesario librar todos los combates para contribuir al reino social de Nuestro Señor Jesucristo.

La primera conferencia que tuvimos ocasión de escuchar fue la de Lydia Jiménez González, referente a *Cultura y educación*. Entró en el tema considerando la gravísima cuestión de la educación y la cultura, y su íntima relación. «Los elementos más poderosos para formar o deformar un pueblo —dijo Balmes— son la instrucción y la educación». Ciertamente, quien educa a la juventud, se apodera del mañana de la sociedad, de su cultura.

La cultura, se ha dicho, es a la civilización lo que el alma al cuerpo, su aliento, su principio vital. Una de las características más representativas de nuestra actual cultura es sus profundos y acelerados cambios: en el orden científico y tecnológico, en el orden social, cambios psicológicos, morales y religiosos. Incluso puede hablarse de una «nueva esclavitud: nunca como hoy se ha hablado tanto de libertad y nunca como hoy se es esclavo de los medios de comunicación de masas». Pensando en España, en este sentido, habló de una sombra: el peligro de desarraigo de toda tradición cristiana para imitar las ideas decadentes del occidente europeo. Y de una luz: nuestro acendrado cristianismo que ha configurado nuestro ser nacional.

Repasó las condiciones que la educación debe tener para «educar al hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad». A todos nos compete el presente y el futuro de nuestra sociedad, por eso todos somos educadores. Debemos ser realmente lo que somos: «configurarnos progresivamente en Cristo, siendo educadores y aportando lo mejor de nuestra vida, debemos ser hombres y mujeres de oración».

Tras esta primera conferencia tuvo lugar la celebración de la Santa Misa. En la homilía, el P. González-Quevedo, S. J., destacó la Soberanía Social de Nuestro Señor Jesucristo, es decir, la autoridad suprema de Dios Nuestro Señor sobre la sociedad y, por consiguiente, la obligación de ésta de acatar, obedecer y servir a Dios Nuestro Señor. Debe rendirle culto público, y al mirar por el bien común de los súbditos, no sólo ha de cuidar de los bienes materiales, sino también de los morales, espirituales, que son más importantes, los cuales debe amparar y fomentar.

En la segunda conferencia, Enrique Zuleta Puceiro se refirió a la *Modernización y cultura*. Tras afirmar que las ciencias sociales se plantean actualmente como un enfrentamiento a la tradición, explicó el concepto y el nacimiento de la «modernización», señalando algunas de sus notas características: El resto de su trabajo lo dedicó el ponente a analizar las consecuen-

cias que sobre la política tiene el proceso de modernización. Se entiende hoy el Estado como la forma eminente de representación de la racionalidad, como protagonista exclusivo de las actividades sociales, convirtiéndose así en primacía de la sociedad. Este proceso de evolución produce un debilitamiento de élites y de cuerpos intermedios, con lo que se pierde la única forma de oposición al poder del Estado.

La modernización es la base de las ideologías de las distintas formas de gobierno, es el principio interno a partir del cual se tejen las teorías sociales, las grandes ideologías del siglo XIX. Es el principio orgánico que estructura la sociedad. Pero la modernización ha cargado una máquina contra sí misma y como consecuencia de este proceso se rompen las grandes ideologías. Ocurre así que la sociedad queda dividida en tres grandes vertientes: economía, política y cultura. Cada una con su propia estructura, sus propios principios, con lógicas divergencias de las demás.

Se crea la cultura de la secularización. Por el proceso de modernización se va erradicando cualquier supuesto no discutible sea o no religioso. La democracia exige una «religión civil» —citaba aquí el ponente a Tocqueville—, una religión secularizada, despojada de principios transcendentales. De esta forma brota la «cultura anticultural», la contracultura. Se produce la revolución de las excepciones, a las que se proponen como reglas (homosexualismo, feminismo, aborto). En política explica la pugna entre estado y sociedad.

Las últimas frases de esta clara y magnífica conferencia, las dedicó, *Teología y Metafísica en mano*, a hacer unas reflexiones sobre las paradojas inmediatamente antes comentadas.

A primera hora de la tarde, Miguel Ayuso Torres nos explicó *Qué es la Ciudad Católica*. Habló de la amistad como elemento congregante de los que nos acercamos a ella: «La amistad es un sentido que trasciende lo jurídico».

Su *acción* supone la formación cívica y cultural según la doctrina del derecho público cristiano. Es en el mundo de la cultura donde batimos nuestras armas realizando una labor prepolítica, ilustrando las conciencias según el orden político de los pueblos. Es un «laboratorio de ideas» —palabras que empleara don Eugenio Vegas Latapie para definir a *Acción Española*—.

«En su *modus operandi* no hay dependencia de la Jerarquía Eclesiástica, aunque sí devoción y respeto».

En *Verbo* existen medios suficientes para la deseada restauración del orden social. «En ella —en la revista— está latente

el espíritu de los que asistimos a estas jornadas». Durante el coloquio y a requerimiento de uno de los asistentes al foro, Miguel Ayuso explicó el nacimiento de la Ciudad Católica en España y su incardinación con el resto del mundo.

A continuación tuvo lugar la primera serie de foros. El de *La instrumentalización de la enseñanza por la revolución* fue expuesto por Maite Cerdá Donat. Comenzó haciendo una breve referencia al significado de instrumentalización, entendiéndola como «la utilización de la enseñanza como medio para la consecución de una determinada finalidad». Contrastó la educación dirigida al hombre en todas sus dimensiones, orientada a la consecución de la Vida Eterna, con la educación dirigida sólo a la parte material del hombre rechazando todo lo espiritual.

Analizó alguno de los mitos y principios revolucionarios: monopolio estatal y laicidad de la enseñanza, democracia e igualdad de oportunidades y la educación como permanente tarea inacabada. «Si la Revolución francesa supuso, en el siglo XVIII, la introducción de los principios revolucionarios, la UNESCO, en el siglo XX, es el paladín de esa instrumentalización a escala mundial». En España, la Ley de Educación de 1970, la LODE y la LRU siguen la misma trayectoria revolucionaria.

En el foro *La juventud, esperanza de la Iglesia y de la sociedad*, Leonor Vegas Latapie señaló la necesidad de sembrar en la juventud la «buena semilla» para que no falten en ella ideales y madure llena de Dios. Porque la juventud constituye una etapa decisiva para todo ser humano. Para la ponente, entre las causas de los problemas que acechan hoy a la juventud se encuentran la miseria moral de esta sociedad de confort, el ocio creciente, la busca del placer y, ante todo, un ataque general a los valores morales.

Si bien es cierto que hay una juventud carente de capacidad de esfuerzo, de personalidad y de voluntad, también lo es, que a ella se contraponen una juventud poseedora de verdades inalterables y eternas: Dios, la Patria, la dignidad...

La restauración de la sociedad pasa por la restauración de la Universidad y esto es tarea de los jóvenes católicos, portadores de los ideales y de los valores de la Cristiandad.

Simultáneamente a los dos anteriores, Andrés Jiménez Abad, hablaba en un tercer foro sobre *La amenaza del sofista*. La «ideologización de la cultura» —dijo— supone una inversión total de los valores vigentes, la «verdad del hombre» es suplantada por la «lógica de los intereses» y el «afán de dominación». El prototipo humano que late en el sofista es el del «ciu-

dano del mundo», emancipado de tuteladas morales, sociales e intelectuales, dominador y creador de leyes sociales y valores. Frente a la amenaza del sofisma de nuestros días —ideólogo que reduce al hombre a su capacidad efectiva de «hacer», que adora al humano dominador y desprecia al dominado—, la verdadera concepción del mundo, la auténtica cultura que humanice al hombre y a las cosas, ha de apoyarse sobre la convicción de que la auténtica riqueza del hombre no consiste en satisfacer las necesidades materiales, ni en llegar a ser señor y poseedor de la naturaleza, sino en plasmar en su existencia única e irrepetible la imagen del Creador.

Durante el coloquio suscitado por el tema, se planteó la cuestión de la posibilidad de «refutar las ideologías», concluyendo que a la ideología le son indiferentes sus internas contradicciones si en la práctica consigue imponerlas.

Centrándose admirablemente en el tema durante toda la conferencia, Narciso Juanola Soler, abordó el tema: *Religión y cultura*. Para ello empezó definiendo la cultura como «todo lo enriquecido por la actividad humana», que por su naturaleza es un bien común. Su destinatario es el ser humano. Reside en el espíritu, siendo su sentido el de alcanzar las metas supratemporales del hombre. La cultura —añadió— se subordina a la perfección integral del ser humano. «Su base es la familia, donde el hombre hunde sus raíces en el substrato tradicional de la cultura. La familia es la célula moral y cultural».

Si la cultura es obra del hombre, hay un problema metafísico de la cultura. La verdad acerca del hombre es la verdad acerca de las distintas culturas, y esta es la razón por la que existe también una teología de la cultura. Al perderse el sentido de transcendencia y la conciencia religiosa natural y sobrenatural, se ha conquistado el sin-sentido de la inmanencia. Sólo una cultura cristiana es una verdadera cultura. Y si Europa subsiste —firmó el ponente— es gracias a los conceptos metafísicos que el cristianismo puso en Occidente». La crisis de la cultura es el aspecto aparente de la crisis de los fundamentos metafísicos. La moralidad de la cultura es el reconocimiento metafísico de la transcendencia.

Tanto el racionalismo como el empirismo han contribuido a la separación entre religión y cultura. Examinó algunas de las consecuencias derivadas de la contraposición a Dios de la cultura actual. Este proceso de contraposición que empezó con el ideal autonómico de la razón, derivó hasta ocupar el lugar de Dios mismo. «La civilización del hombre-Dios ha de ser substi-

tuida por la del Dios-hombre. El hombre y la cultura desprendidos de Dios decaen por debajo del hombre», se materializan.

Finalmente, y refiriéndose a la situación actual, N. Juanola aludió al ataque que la verdad revelada sufre por haber considerado al hombre, autónomo. «Se ha racionalizado la fe, purificándola de lo sobrenatural y transformándola en sociabilidad; se ha aceptado el mito del progreso... ¡Y todavía se tiene la hipocresía de llamar cristiana a esta cultura actual!».

Tras rezar el Santo Rosario, que ofrecimos por el fruto del trabajo de estos días, Elisa Ramírez nos leyó la comunicación de Angel González Alvarez referente a *La cultura*. Atendiendo a su acepción original —comenzaba el ponente—, cultura significa cultivo del hombre, promoción de aptitudes y desarrollo de capacidades.

Para entrar en el estudio del ser de la cultura repasó, con Santo Tomás de Aquino, los cuatro modos en que el orden se dice respecto de la razón: el primero lo constituyen los entes naturales o reales a los que compete existir formalmente en la naturaleza, en absoluta independencia de la razón humana; el segundo está formado por entes lógicos, producto de la razón humana; el tercero lo está por entes morales, generados por la razón humana en los actos de voluntad; y, por fin, el cuarto, constituido por el ente artificial, que es el resultado de las operaciones de la razón humana que recaen sobre una materia exterior, conforme el orden artificial, artístico, técnico o estético, o como el ponente añade: el orden cultural.

El mundo de la cultura es el resultado de las diversas actividades humanas —segundo, tercero y cuarto orden—, en tanto que el mundo de la naturaleza —que corresponde al primer orden—, es el dado o creado por Dios. Por ello, «la cultura supone la naturaleza», pero brota del espíritu del hombre, ya que resulta de sus «operaciones específicas sobre determinados elementos naturales».

La cultura subjetiva —cuyo sector más iluminado es la cultura intelectual o cultivo de la inteligencia— es desarrollo y formulación del hombre, edificación del ser en la persona, liberación de la personalidad. A través de la cultura moral —segunda dimensión de la cultura subjetiva— adquiere el hombre la plenitud de su riqueza de expresión.

En el último apartado de la conferencia, A. González Alvarez, hizo una reflexión sobre la técnica del productor y el arte como creatividad del artista —creatividad humana—, y sobre los productos técnicos y las creaciones realizadas en las artes —cultura objetiva—.

*Domingo, 30 de octubre.*

Durante la homilía de la Misa de este domingo, el Rvdo. Enrique Domenech resaltó la importancia y actualidad de la segunda carta de San Pablo a los tesalonicenses. Pidió a los amigos de la Ciudad Católica que rezaran para que el Señor envíe sembradores, que utilicen las semillas que guarda la Iglesia y que custodia el Sumo Pontífice como vigía del mensaje de Cristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Tras la celebración de la Santa Misa comenzaron los foros que constituían la segunda serie. Rafael Ortiz López, al referirse a los *Medios de comunicación social y el fenómeno revolucionario*, afirmó que la revolución usa aquéllos no tanto como acceso inmediato al poder, como para socabar los cimientos de la tradición cristiana, lo que consigue a través de la infiltración marxista de estos medios de comunicación.

La batalla revolucionaria alcanza al interior de la persona humana al potenciar la rebelión de los sentidos contra la razón. «En este sentido hay que destacar el papel de la revolución psicosexual de los medios de comunicación. Hoy la pornografía llega a todos los hogares y se muestran como normales el adulterio, las relaciones prematrimoniales, el «sexo libre», la homosexualidad, el divorcio, etc.». Así, la televisión constituye el medio más dañino por su masiva audiencia y por la sugestión de la movilidad y la magia del color. Ello conduce a la complacencia de los sentidos en detrimento de la actividad intelectual. El ponente propuso como solución —entre otras— la de potenciar los medios de comunicación católicos.

Javier Urcelay Alonso se refirió en su foro a un tema que recabó la atención de los asistentes por su indiscutible actualidad: *Ecología, ecologismo y política*. Definió la ecología como la ciencia que estudia las relaciones de los seres vivos con su medio ambiente, inorgánico y orgánico. Diversas circunstancias —la industrialización de la sociedad entre otros— han determinado el nacimiento de la ecología política como marco de una reflexión sobre el sentido y limitaciones del progreso y de las consecuencias del mismo. A partir de este postulado, la historia del ecologismo es la historia de un doble proceso: el de la transformación de una disciplina científica en una ideología de transformación global de las condiciones sociales y el de formación de un movimiento político unitario a partir de asociaciones e iniciativas de carácter parcelario.

El marxismo oficial reaccionó de forma contradictoria ante el fenómeno ecologista. Por una parte y a nivel geopolítico, lo aprovecha instrumentalizándolo como arma psicológica, el pacifismo de los «verdes», mediante una vasta operación de los servicios secretos soviéticos. Por otro lado, recela de su competencia revolucionaria, considerándola una cortina de humo que aparta al proletariado de la lucha de clases.

El ecologismo es hoy, no obstante, una denuncia más de la incapacidad de las ideologías revolucionarias para establecer una sociedad acorde con la naturaleza y dignidad del hombre. Es, en este sentido, una gran oportunidad de la contrarrevolución, que debe hacer posible un reencuentro del hombre consigo mismo, con el orden natural y su Creador.

En el foro *Utopías y masificación*, José Miguel Gamba Gutiérrez se planteaba la siguiente cuestión: ¿Acaso las realizaciones de las utopías han traicionado siempre a sus inspiradores o, por el contrario, la naturaleza misma del utopismo lleva necesariamente al fracaso? Se preguntó también por la naturaleza de la utopía, ya que el tradicionalismo político ha sido tachado a menudo de utópico, dado que sus posibilidades de realización hoy parecen tan escasas como la Ciudad del Sol en el Renacimiento.

A juicio del ponente el utopismo se entiende por comparación con el resto de las actitudes políticas: prudencialismo, maquiavelismo y doctrinalismo. «Si el maquiavélico confunde la política con el arte de bien útil, con la técnica, y el doctrinario cree que la política es contemplación pura de esencias eternas, el utópico confunde la política con un arte bello. Pues en las obras de bellas artes es donde más se parece la actividad humana a la creación divina, y lo que pretende el utópico es suplantar a Dios en la creación de la naturaleza social del hombre».

En el foro que se dedicaba a *Familia y cambio cultural*, Fernando Claro Casado señaló que, aunque la familia es objeto del cambio cultural, es también uno de los «más poderosos agentes de transmisión de lo nuevo». La degradación de algunos valores fundamentales, las graves ambigüedades acerca de la relación de autoridad entre padres e hijos y, en definitiva, la negativa por parte del hombre a conocer el proyecto de Dios, hacen que el matrimonio y la familia se encuentren en grave peligro: los cónyuges, y más aún los hijos, sufren las consecuencias. Pero, en último término, es la misma sociedad la que se derrumba. El ponente analizó con detalle las circunstancias sociales y culturales que cuestionan la vida de la familia: creciente visión materialis-



ta y hedonista de la vida, el abandono por parte de los padres de su deber de educadores, la humillante depreciación de la sexualidad...

Para F. Claro la mejor forma de reaccionar contra esta situación es la creación de una cultura matrimonial y familiar que realice en el mundo de hoy la identidad humana y cristiana del matrimonio y de la familia.

Vicente Marrero Suárez antes de entrar en el tema de su conferencia, *Cultura moderna y tradición*, aclaró que el vocablo «moderna» es equívoco y suscita confusión debido a sus variados significados. Hay que hacer, pues, una delimitación cronológica, ya que a lo largo de la historia ha tenido múltiples interpretaciones.

En España nos encontramos con dos figuras representativas de la modernidad, dos figuras que incluso pueden considerarse representativas de este fenómeno a nivel mundial: Goya —que aparece como el genio del arte del siglo XVIII-XIX— engendra tales monstruos, que el «Siglo de las Luces» bien pudiera ser el de las tinieblas; lo mismo hace Picasso, llena también las galerías de monstruos. Revela un fondo de «feísmo» dando, desde el punto de vista plástico, una visión deformada de la figura humana. Ambos están contra el siglo en que viven y esto «tiene carta de recibo en las mejores academias del mundo».

El empleo del término modernidad —ambiguo y sometido a muchos matices si no se analiza en esencia— como campo de batalla, revela el deseo de hacer caer en el olvido a los siglos precedentes. En este sentido, Kafka es el autor más representativo del siglo en que vivimos, y hoy se califican ciertos modos y circunstancias de «kafkianos». Valle Inclán y Machado cultivaron el esperpento y Ortega y Gasset representa el proyecto modernizador de España por excelencia.

¿Qué entendemos aquí por Tradición? El ser de la Tradición se presta a muchas interpretaciones, y mientras en los pueblos familiares es el respeto a la familia, en los pueblos políticos es el respeto al Estado y a la política.

Aceptó la visión integral de la Tradición de Francisco Elías de Tejada: «No es un instante, es el contante sendero de la Tradición por donde el hombre sube a Dios». Antes de finalizar, hizo un compendio entre la Tradición y la respuesta de la modernidad.

Ya por la tarde, José Antonio Santos Arrarte, hizo un estudio sobre *La colonización cultural efectuada por los Estados Unidos*. La enorme facilidad alcanzada por las telecomunicacio-

nes impone, de hecho, una situación de pluralismo cultural en todo el orbe. En Estados Unidos el pluralismo se da con igual o mayor vitalidad que en otros países: Si ayer se podía contemplar un influjo de la Nueva Izquierda, hoy se aprecia un resurgir de los criterios tradicionales americanos —federalismo, pragmatismo y desarrollismo—, frente a los intervencionistas en lo económico, aislacionistas en lo político y modernistas en lo cultural.

Las colonizaciones de nuestro tiempo son anticolonialistas: se trata de proteger unos ámbitos de seguridad nacional (yacimientos que suministran las materias primas vitales, rutas de abastecimiento comercial...) que rebasan ampliamente los límites de las respectivas fronteras nacionales. Se configuran, así, zonas geoestratégicas que en ocasiones se constituyen en escenarios de conflictos parciales. En cuanto a la influencia económica se puede hablar de colonización resultante (modificación de usos y costumbres originadas por las nuevas tecnologías), no pretendida inicialmente. En lo político se producen con frecuencia resultados adversos a los pretendidos, pues el sistema de partidos políticos requiere una base sociológica tan homogénea como la anglosajona para ofrecer resultados similares. Al finalizar el foro Gonzalo Cuesta y Vicente Marrero hicieron importantes intervenciones.

En el audiovisual que a continuación se ofreció pudimos recordar lo más representativo de la labor de catequesis que el Papa había realizado en España el pasado año. Pudimos oír de nuevo las palabras que dirigió a los miembros de institutos seculares y religiosos, a los educadores, a los sacerdotes, a los obispos, a los universitarios, a las familias, a los trabajadores...

Debido a la ausencia de don Juan Vallet de Goytisolo, su conferencia fue leída por Miguel Ayuso. En ella se planteaba el problema de *La masificación de la cultura*: la incompatibilidad de masificación y la cultura no es tanto por un problema de clases sociales —Rostovtzeff— como por la estructura de la sociedad. «La cultura es fruto de la participación activa de todo el pueblo, entramado en sus cuerpos naturales y sus asociaciones intermedias. La masificación destruye este presupuesto».

De la mano de las consideraciones del profesor Pierre Chaunu referentes a la dualidad de la memoria —memoria genética y memoria cultural—, deduce el ponente que «la cultura resulta de una constante interacción en sentido vertical, es decir, generacional, y en sentido horizontal, en cada comunidad humana a su respectivo nivel. Esas interacciones permiten el acrecentamiento de la cultura a través del espacio y del tiempo de un

modo lento pero seguro, de generación en generación». Este hecho constituye el primer dato que demuestra la contraposición del proceso de culturización y el de masificación. El segundo dato viene dado por la correlación entre el hombre y la cultura, que para ser plena «ha de abarcar al hombre entero, en todos sus aspectos integralmente».

Definió la masificación como la «destrucción de toda trama, urdimbre y estructura y la reducción a partículas iguales», por lo que la sociedad se reduce a una suma de individuos «que pierden su vida propia y se ven privados de los vehículos de la participación social que aquéllos constituyen. Por eso, han de ser articulados mecánicamente y movidos artificialmente por el Estado». De esta forma el Estado sustituye la sociedad destruída por la masificación.

Una vez hecha realidad la masificación, el Estado acaba por administrar, manipular e intervenir en la distribución de la cultura que en sus actuales circunstancias es considerada como un producto. Eso cuando no la asume directamente, y ello significa una «gravísima inversión del proceso de culturización».

Dos graves consecuencias se derivan de la transformación de la cultura, de ser forma vivida a convertirse en un producto: la comercialización y la politización. «Para la mayor difusión comercial o política de este producto presentado como cultura —observó ya al final de su conferencia— éste es vulgarizado, aduciendo que se trata de ponerlo al alcance de todos».

El profesor Uscatescu disertó en su ponencia *Política, Sociedad, Cultura* —ponencia que fue leída por Andrés Gamba por ausencia de aquél—, sobre las relaciones, dinámicas e inestables, que han mediado históricamente entre la teoría política y las realidades sociales y culturales en el contexto de la civilización europea. Un sugestivo análisis de las implicaciones éticas del pensamiento político de la modernidad, que Uscatescu recorrió con la ayuda de textos de pensadores clásicos, tales como Montesquieu, Rousseau, Lenin y Gramsci, le permitió diagnosticar el profundo divorcio, hoy en apariencia definitivo, que se ha operado entre las vocaciones política y metafísica, tradicionales en la conciencia europea. Su análisis nostálgico y pesimista, por imperativo de una triste realidad, cerró con una invocación a la esperanza, fundada en palabras de Juan Pablo II que son una llamada universal a la revisión de los supuestos fundamentales de la sociedad contemporánea.

Lunes, 31 de octubre.

La Misa de este último día fue celebrada por el Rdo. don Félix Lasheras Bernal, quien en las palabras de la homilía nos saludó llamándonos «amigos», glosó los textos de la liturgia aplicándolos a nuestra acción futura individual y colectiva.

Antes de entrar propiamente en el tema *Herencia y entorno en la cultura*, José María Petit Sullá hizo unas consideraciones generales inspiradas en las palabras que Juan Pablo II dirigió a la UNESCO. En ellas señaló que puesto que existe una manifiesta tendencia manipuladora, la educación, el cultivo de la razón, ocupa hoy un lugar primordial. Estudió tres importantes factores educadores:

1. *La familia*.—Que es el primer ambiente cultural y el fundamental. «En la medida que hay desarraigo familiar se produce una desculturización». Los centros educativos dan lo que el padre y la madre no pueden enseñar en cuanto a contenidos, pero no en cuanto a interés y amor por la Verdad.

2. *La Nación, la Patria*.—El interés de la persona por conocer su patria es un factor importante promovedor de la cultura. «¿A quién le interesa la historia, si no es porque es su propio historia?». En España no hay cultura desde que hay liberalismo, porque ya no se mira a sí misma.

3. *La religión*.—Es un elemento culturizador porque abarca lo más íntimo, lo más sublime de la persona. «Cuanto mayor interiorización, mayor cultura, nada se plasma fuera si primero no está dentro». La religión es una espiritualización de la materia, materialización del espíritu, es poner por encima de todo la verdadera Verdad del hombre, es hacer realidad la intimidad del hombre con Dios. No es una técnica ni un cálculo, es una plasmación espiritual. Por eso en todo el mundo el mejor arte es el religioso. El materialismo no puede dar elementos culturales. «A medida que se descristianiza una nación más feo es el arte».

La cultura supera la relación humana y familiar. Es creativa, no es pura imitación. Es algo superior que sublima a lo demás. Sin embargo, la cultura tal como se plantea hoy es todo lo contrario: se ha tomado como algo que se programa desde el estado y es difundido por los medios de comunicación.

La cultura está al servicio del hombre en cuanto que el hombre es capaz de filtrar conocimientos, cuando es capaz de educarse a sí mismo y sabe aprender del mundo que le rodea.

Sin embargo, no hay nada más vulnerable que el hombre de hoy, porque no sabe enjuiciar la información que le llega a través de los medios de comunicación. Está falto de madurez, de criterio y de personalidad. La cultura es un instrumento que posibilita la plenitud y perfección del hombre en todos los órdenes posibles.

Tras esta conferencia se dedicó un tiempo para Encuentros. En el de *profesores* se consideró importante el conocimiento y ayuda de los docentes católicos que se encuentran solos al carecer de apoyo, o que no se atreven a manifestarse como tales, por no poseer una formación doctrinal sólida.

En el dedicado a la *formación moral de la juventud* se concluyó que la forja del auténtico hombre cristiano y español debe ir encaminado a vitalizar cualquier tipo de obra que se le encomiende, y hacerle capaz de dar testimonio de vida cristiana en medio del mundo.

En la conferencia que a continuación tuvo lugar, *Arte y revolución*, José de Armas Díaz empezó definiendo el arte como la actividad desarrollada por el hombre cuando siente vivos deseos de reproducir la belleza.

La fealdad —antítesis de la belleza— nació con Lucifer cuando se rebeló. Ante la tentación de una falsa libertad el hombre sucumbió a la primera revolución de la historia e inmediatamente sintió la necesidad de la religión. Por contraste entre la belleza y la fealdad nació el arte. Hizo el ponente un rapidísimo repaso a la motivación artística mientras el hombre espera la Redención, considerando la concepción clásica de las tres capitales: Atenas, Roma y Jerusalén.

Al hacer un análisis de la historia del arte, dividió aquélla en cinco períodos:

1. *De los siglos I al V.*—La fe estaba viva con el recuerdo físico de Jesucristo. El arte se desarrolla primero en las catacumbas y más tarde en los primeros templos, donde pueden admirarse los mosaicos y los Pantócrator. Surgen las primeras herregías.

2. *Del siglo V al XIV.*—El románico es el estilo de la fe desnuda y sólida de este período. Le sucede el gótico, que es la sublimación de los valores de la Edad Media.

3. *Del siglo XV al XVIII.*—Adviene el Renacimiento, que es un resucitar de los modelos clásicos griegos y romanos, si bien cristianizados en cierto modo. Se impone la libertad como valor abstracto, siendo su concepto instrumental el equilibrio. El arte que más manifiesta este concepto es la arquitectura. El

nominalismo propicia el individualismo, cuya máxima expresión artística es el retrato.

4. *Siglos XVIII y XIX.*—El arte es el espejo del ambiente revolucionario de la época. Goya —artista más representativo de este período—, es el Rousseau del arte. El Romanticismo es el arte de los rostros tristes y apesadumbrados.

5. *El siglo XX.*—El mundo se deshace en las dos guerras mundiales. Picasso, máximo representante del arte de este tiempo, destroza con morbosa fruición la obra del Creador y en especial la figura humana. Es el pintor de la fealdad sin tapujos; es el pintor más antireligioso del arte. Después de Picasso viene el ocaso total de la belleza, la negación, o lo que es lo peor, la ignorancia y el olvido de Dios. Las artes actuales representan la descomposición total de la civilización occidental con absoluta ausencia de transcendencia. En los «colleges» se exhiben los detritus de la sociedad rebuscados en los basureros.

Tras la comida tuvo lugar la tercera serie de foros. El de *El evolucionismo en la biología* fue preparado por Encarnación Lázaro Marí y Vicente Fernández Burgueño —ambos biólogos— y expuesto por este último. Distinguió la microevolución, que se lleva a cabo dentro de las especies y que está comprobada, de la macroevolución, que intenta explicar las transformaciones de unas especies en otras desde formas prebióticas hasta el hombre, pero que nor basarse en principios no correctos se hace indemostrable.

Negó la existencia real de la controversia evolución-creación e hizo referencia a varias notas del Magisterio de la Iglesia sobre el evolucionismo (proposiciones 64 y 65 del decreto *Lamentabili Sacre Exito*, de S. S. Pío X, y los puntos 4, 28, 29 y 30 de la *Humani Generis*, de su S. S. Pío XII).

Analizó la teoría evolucionista más en bogaa: la teoría sintética de la evolución o neodarwinismo que fundamenta la evolución en una acción simultánea de la elección natural y de las mutaciones. A ello caben, entre otras, las siguientes objeciones:

a) Que la selección natural, más que producción de formas nuevas, es eliminación de lo desventajoso.

b) Que, aplicando la ley única del azar de Borel, no ha habido ni espacio ni tiempo suficiente en nuestro planeta para que por azar las mutaciones hallan producido un nuevo órgano y, consiguientemente, nuevas especies o transformaciones de unas en otras.

c) Que las formas intermedias, que debieran encontrarse por miles, de aceptar la anterior teoría, no aparecen.

Por ello muchos de los evolucionistas defienden este proceso por una fe materialista en la naturaleza, más que por convencimientos científicos probados. Las causas reales de la evolución nos son desconocidas, pero nunca podrán demostrar la imposibilidad de un Dios Creador. Muy al contrario, nos enseñarán que la Inteligencia es anterior a la vida.

En el foro *Revolución y nuevo orden de la cultura*, Agripina Sanz García se refirió a tres aspectos de la revolución que propugnan un «nuevo orden cultural»: el representado por el marxismo de Gramsci; el que plantea la llamada impropriadamente nueva derecha, y, por último, el que se desprende de los presupuestos de la UNESCO con la llamada educación permanente.

Tras recorrer los principios de estos órdenes nuevos, pasó a estudiar la doctrina de Juan Pablo II sobre la cultura y la fe, llegando a la conclusión de que esta civilización de la Sabiduría y el Amor, tan ardientemente deseada por el Papa, también establece un nuevo orden cultural. Se trata de dilucidar desde aquí, y luego personalmente, en qué consiste nuestra misión de católicos en este nuevo orden; qué papel debemos desempeñar para no decepcionar las esperanzas del Papa y, en definitiva, para caminar hacia la reconstrucción plena de la alianza con la Sabiduría de Dios, que es el propio Cristo.

Sobre la *Revolución cultural china* habló Angel Maestro Martínez, estudioso de los temas relacionados con el universo comunista. La Revolución cultural china supone, dijo, una de las más gigantescas convulsiones en la historia de la humanidad. puede calificarse con toda exactitud de una revolución dentro de la revolución.

La Revolución cultural presenta dos aspectos, el propiamente revolucionario de su impulsor Mao, de hacer esa revolución dentro de la revolución y otro de motivaciones personales, de su creador, para purgar a sus enemigos y destruir la oposición dentro del partido que podía amenazar su prepotencia. Hay que estudiar su figura, su obra, analizar sus circunstancias históricas, para ver cuáles fueron esas circunstancias que llevaron a Mao a desencadenar esa revolución de dimensiones extraordinarias. Muy posiblemente haya habido otras más sangrientas e incluso más crueles, pero al desarrollarse en naciones mucho más pequeñas, no podían tener forzosamente la resonancia de la ocurrida en el país más poblado del mundo. La destrucción y persecución duró diez años ocasionando casi 70 millones de víctimas entre muertos, maltratados y condenados injustamente.

Los crímenes cometidos durante este período de tiempo fueron tan horrendos que resultaron increíbles.

Laura de la Calle, en el foro *Arte y cultura de masas*, marcó como paso decisivo del desarrollo de la llamada «cultura visual de masas» el momento en que se hizo posible la reproducción fotomecánica de la imagen. A partir de esta fecha la vida del arte quedará subordinada a la de los medios de comunicación: fotografía, cartel, cine... El arte entendido en sus formas tradicionales, arrastra desde entonces una vida precaria. Las empresas han descubierto que el arte puede ser un jugoso filón económico si se le convierte en producto de consumo. Para ello le degradan de sus contenidos y formas, le privan de todo componente elevado y espiritual, haciéndolo así asequible a la mayoría, complaciendo en definitiva a las masas.

Refiriéndose a la arquitectura, señaló cómo ésta cumple un papel no despreciable en el fenómeno de la masificación social; al condicionar, por el reducido espacio de las viviendas, los movimientos de las familias, que acaban siendo tan seriados como el de las propias viviendas.

De esta mentalidad de rebaño que el arte formenta se beneficia directa o indirectamente el sistema político vigente.

En el discurso de clausura, don Rafael Gambra Ciudad se refirió a *La auténtica renovación cultural*, señalando que durante la segunda mitad del siglo xx la filosofía se ha polarizado. Por un lado en la llamada filosofía analítica y por otro en la propagación del análisis existencial que hace casi un siglo iniciaron Kierkegaard y Unamuno como crítica y crisis del racionalismo, denominador común del pensamiento «moderno». Esta corriente se extiende a través de autores como Camus y Saint Exupéry —«autores itinerantes» que terminan su meditación a la puerta de la transcendencia, pero sin llegar al umbral de la fe— y más tarde por pensadores ya francamente religiosos, y aún católicos, como Gabriel Marcel, Sciacca, Thibon, Marcel de Corte, entre otros varios. Es a través de esta larga meditación por donde el pensamiento de hoy está llegando a la idea —fundamental para *Verbo* y la «Ciudad Católica»— de que la comunidad, para serlo y resultar fecunda, ha de tener su cimiento en la fe y en una común inspiración religiosa.

Este análisis existencial contempla la vida humana como un progresivo alejamiento, ante todo, respecto de la propia infancia, paraíso perdido, en el que el hombre se encontraba protegido y seguro, con puntos de referencia muy firmes. «La única salida para este exilio o enclaustramiento progresivo —apunta



el ponente— es la comunicación entre las conciencias: una mano tendida, una mirada». No se trata de la «comprensión universal» o de la actividad del «yes-man», sino de algo llamado a convertirse en común de espíritus. Saint Exupèry supera sucesivos conceptos de esta intercomunicación humana: la camaradería, la amistad, el amor... Aquí se opera en él una «conversión emocional» que sugiere ya una transcendencia religiosa. El hombre piensa y obra «como si» algo le trascendiera. Tal es el diálogo interior, diálogo en último término con Dios.

La comunión (de las almas en una fe) es el soporte natural de la sociedad y esencia de toda civilización. La democracia moderna es, precisamente, la negación de este soporte, la consagración del exilio, permanente y sin remedio.

En el acto litúrgico final, el P. Arredondo, S. J., nos dirigió una última reflexión. En estos tres días de especial trabajo por El y para El hemos adquirido Cultura que es Doctrina Cristiana y es Vida. Debemos ahora dar gracias a Dios Nuestro Señor, ser la Gloria de Dios cuando al mismo tiempo El es nuestra Gloria. Nos vamos en Paz porque nos vamos con El.

Hasta mañana en el Altar.

Hasta mañana y hasta siempre.

M.<sup>a</sup> BEGOÑA GARCÍA-CONDE DEL CASTILLO